

Cuarto para al ratito

TEÓFILO HUERTA

El Búh 22

En un principio la verdad es que hubo una enorme confusión y un descontrol generalizado. Las mamás confiadas llegaron tardísimo por sus hijos. Los pacientes tuvieron que serlo doblemente ante el inexplicable retraso de los médicos. Las propias operaciones quirúrgicas se retrasaron. Las citas de negocios se trastocaron y las de comida casi se convirtieron en cena. Los bancos y oficinas de atención al público ante el beneplácito de éste extendieron sus servicios por más tiempo... pero sólo para información pues sus sofisticados sistemas no funcionaban adecuadamente. Las bolsas de valores no podían cerrar oficialmente su jornada pero igualmente quedaron suspendidos sus movimientos. La gente atestaba terminales de autobuses y aeropuertos en espera de abordar los vehículos que no tenían para cuándo.

Todo comenzó como una increíble coincidencia o producto de la premonición publicitaria: todos los relojes del mundo pararon justo al diez para las dos de la tarde, o a las dos menos diez p.m., o a las trece cincuenta. Se tratara de relojes o cronómetros mecánicos, de cuarzo, digitales, atómicos, vaya hasta solares y de arena; de pulsera, de pared, cucús, despertadores; en celulares o computadoras; en la casa, la oficina, la calle o el auto.

Algunos locutores de las radiodifusoras nerviosos repetían la misma hora tras de cada pieza musical, pero otros con su voz previamente grabada en estaciones con programación automatizada daban las horas tradicionales y sembraban así la confusión, aunque ello permitía que alguna gente sin grandes compromisos y metida en lo suyo no se percatara de inmediato de lo que sucedía. En muchas zo-

nas rurales el impacto fue amortiguado por su sereno estilo de vida.

Desde que en alguna época las últimas noticias revelaron que nadie moría, hecho que prevaleció por varios días, no se había dado una situación de tal magnitud. Los relojes de las iglesias y de algunos edificios públicos como el *Big Ben* ya no tocaban cada hora o cada cuarto de hora. Parecía que el tiempo se había detenido, sin embargo la vida continuaba, ella no estaba paralizada sino solamente alterada, lo único que se había detenido era la herramienta para medir el tiempo, porque finalmente éste transcurría.

Por más que las personas movían las manecillas, daban cuerda o cambiaban pilas, los relojes nomás no trabajaban. Nadie encontraba una explicación satisfactoria que iba desde una concentración magnética hasta una interferencia satelital, pasando por las manchas solares, la contaminación, el hoyo en la capa de ozono, la excesiva humedad (que de alguna manera aplicaba a que la arena no corriera en los recipientes de los relojes de ese tipo), la sofocante nubosidad (que perjudicaba a la lucha por hacer trabajar a los relojes de sol) o una combinación de todas ellas.

Con la penumbra, las bandadas de aves cruzaron los cielos y comenzaron a buscar refugio en los árboles; entonces la gente comenzó a guiarse para concluir las labores, preparar la merienda o dormir a los más pequeños. Igual por la mañana muchos se dejaron llevar por los cantos de los gallos, o durmieron con las persianas y cortinas corridas para despertarse con la primera luz del día, aunque ello no garantizó ninguna sincronía para la entrada a las escuelas, las fábricas o las oficinas y en realidad –ante la algarrabía de chamacos y trabajadores– no había ningún parámetro oficial para registrar y sancionar algún retardo... ningún reloj checador funcionaba.

Pronto los inventores se dieron a la tarea de crear nuevos mecanismos para los relojes, pero todo intento fracasó. Igual la creatividad de los artesanos se puso en marcha y al rescate incluso de otras mediciones a partir del agua y pensar hasta en el viento, pero todo naufragó, parecía ser una orden divina contra cualquier intento de medición. Naturalmente mucha tecnología médica y de vialidad dejó de funcionar por sus complejos relojes internos y en ese

sentido las sociedades debieron abandonar muchos adelantos y recurrir a antiguos procedimientos. Las enfermeras tomaban el pulso contando, los agentes de tránsito regulaban el mismo sin semáforos, los sistemas bancarios –entre decenas de servicios– volvieron a emplear cajas registradoras y los jueces deportivos se resignaron a determinar a simple vista a corredores sin registrar marcas milimétricas.

Los gobernantes hacían reuniones internacionales, melancólicamente en Greenwich, para intentar acordar nuevas políticas de medición, pero sin ningún éxito por darse soluciones absurdas o contrarias a la cultura de cada pueblo. Surgieron sí muchas ideas que pasajeraamente fueron puestas en práctica, como las de emplear la grabación de todo un día de la radiodifusora de la hora exacta, pero ello implicaba la hipotética sujeción de todo el mundo a escuchar o de menos monitorear constantemente la estación y ese nuevo condicionamiento no era agradable. Hubo quienes contrataron trabajadores del tiempo que a base de relevos y en sitios estratégicos contaban continuamente del uno al sesenta y con carteles o pantallas electrónicas manualmente cambiaban los números de horas y minutos, pero a la mayoría esto también le pareció aberrante

De esta forma los tiraderos de basura se llenaron de baratija relojera. Sólo los coleccionistas conservaron muestras y los poseedores de relojes de modelos sofisticados y costosos, también los resguardaron o vendieron a los mejores postores. Más allá de muchas esculturas o torres que conservaron sus relojes muertos, en otras plazas surgieron monumentos ex profeso al reloj, algunos levantados con cientos de relojes por artistas ingeniosos. También cundieron por aquí y por allá museos del tiempo en el que todos los relojes se convirtieron en reliquias.

Poco a poco la población comenzó a adaptarse y a liberarse. Además de las primeras emulaciones de los pájaros para suspender labores y retirarse al descanso, los estómagos determinaron los momentos para comer y el agotamiento los de dormir. Conscientemente o por intuición, la gente empezó a asimilar el valor del transcurrir en el espacio, en la vida, por sí mismos, sin depender de la esclavitud del tiempo abstracto, sólo dejar que transcurrieran los hechos en el espacio concreto, sin la obsesión ni la depen-

dencia de ninguna herramienta. Por otra parte, los días sí seguían siendo contabilizados, sin precisión de cuándo terminaba uno y comenzaba otro, una atadura de la que incluso la gente ya también deseaba liberarse y olvidarse de calendarios.

Para hacer referencia a los momentos de los hechos en lugar de los horarios rígidos, hubo de rescatarse cierto sentido poético de la vida. Las invitaciones para una boda se expresaban más o menos así: Roberto y Sandra unirán sus vidas cuando las estrellas aparezcan en el firmamento; un certificado de defunción asentaba que fulanita de tal había fallecido después de ponerse el sol el día x; un boleto para un clásico de fútbol estipulaba que se celebraría justo cuando el sol se encontrara en el cenit.

Jamás volvieron los relojes. Sólo después de muchos años los más viejos por costumbre o nostalgia, se atrevían a preguntar ¿a qué hora nos vemos?, o ¿qué horas son?, y por ahí no faltaban las respuestas ocurrentes como la de algún gracioso que contestaba: cuarto para el ratito. 🐷



Aída Emart

Lirios salvajes *

GUILLERMO SAMPERIO

Los lirios salvajes están pegados a los troncos. Los abanicos de las señoras se han vuelto inútiles; el temor les ha metido el silencio en la boca. Una avioneta sobrevuela la alta vegetación; ellas miran al aeroplano amarillo con ojos de deseo. Su mirada azul y gris es el atardecer de mi pueblo. Yo les miro los senos que a veces se les desbarrancan.

Llegamos a la orilla de un leve río de piedras verdosas; los señores, ataviados de pantalones cortos y camisas a cuadros azules, rojos y amarillos, se detienen ante los surcos que hace el agua. Discuten en voz baja y toman determinaciones. Mis compañeros han puesto sobre el piso el cargamento.

Los hombres de pantalones cortos hablan con sus mujeres: cada uno cruza el río cargando a una dama sonriente. Cuando terminan, mis compañeros vuelven a la carga. Los invitados a esta alta vegetación ríen unos con otros; ellas parecen contar chistes y ellos encienden tabacos.

Llegamos a otro sitio donde los lirios son más salvajes y sus violetas, naranjas y sanguíneos son furibundos. Hemos arribado a otra vertiente de río semejante a la anterior, quizá un tanto más ancha.

Los caballeros hablan entre sí y luego con las damas; deciden por esta vez que cada uno, hombre o mujer, lo cruzará sin hacer parejas. Entre risas y chapoteos, comienza la gran aventura. De pronto, unas fauces se apropian de una dama.

El cocodrilo se va yendo con el ritmo avivado de la corriente hasta arribar a una curva donde se enreda con troncos y ramas. Los hombres corren hacia allá, sacan sus pistolas, pero la dama y el cocodrilo se desatoran, dan la vuelta a buena velocidad, se pierden de vista. No saben que

el cocodrilo, junto con el hipopótamo, son los animales más feroces de la naturaleza. Para ahorita, la dama ya está, completa, en el estómago de la bestia.

Cuando los gritos de las mujeres cesan, los hombres se detienen y uno de ellos, al parecer el esposo de la víctima, pisa su tabaco y enciende otro.

Una avioneta sobrevuela la alta vegetación; ellas miran al aeroplano amarillo con ojos de desesperación. Una de ellas, que alcanzó a cruzar el río, advierte que de allí no se moverá. Uno de los hombres, no el del tabaco, sonríe de lado y dice:

—Todos sabíamos que alguien iba a morir. Ahora, todo está arreglado; ¿no es así? —se dirige a mí y yo respondo:

—Así es. A partir de aquí ya no hay ningún brazo de río. Donde van a acampar es ya parque nacional. Allí, después de semana y media, una avioneta los recogerá y no ha pasado nada.

—La única mujer que no alcanzó a atravesar el brazo del río se pone a gemir.

Entre dos hombres la cruzan; todo mundo sonríe. Mis compañeros vuelven a recoger las cosas y proseguimos la aventura que están corriendo los que nos contrataron.

* Texto perteneciente al libro de cuentos, relatos, crónicas y novelas breves *Historia de un vestido negro y otros vestidos*, inédito. ■



Mauricio Vega

Poemas

EDWIN LUGO

Pasó en julio

Era el mes de Julio:

Aquella tarde gris se desgajaba,
las hojas de los árboles caían,
un incómodo vientecillo las llevaba
y otra ráfaga con tesón las devolvía.

Hacía frío:

un frío que me helaba toda el alma,
ella estaba distante y no sabía si volvería.
acaso no tendría más su mirada
y nuestro adiós fue una breve despedida.

el mundo entero se volvió un escombro,
se me cayó la comba gris del firmamento,
y detuve las lágrimas por íntimo decoro.

Más de pronto ¡Su rostro iluminó mi pensamiento!
y encontré para mi humano asombro
la tarde en calma y apaciguado el viento

Sé la dulce heroína

Hoy trasformo los giros del poema en el cuento.
Sé la dulce heroína que mi infancia arrulló,
la belleza durmiente que despierta al momento
que unos labios la besan con ardiente pasión.

Sé la inquieta Copelia que se pasa las horas,
entre el ritmo del baile bullicioso y febril,

la beatífica ninfa que recoge las moras,
en el bosque encantado una tarde de abril.

Sé por hoy Scherezada que puntual a la historia,
por la noche fascina a implacable visir,
Sé mi dulce heroína, la zagala que logra
a despecho de brujas y de duendes vivir.

Sé mi amor Blanca Nieves que en tibia cabaña,
mil cuidados prodiga a su breve legión,
cenicienta que pierde un zapato en la sala
y después del convite va a llorar a un rincón.

Sé por unos instantes: ilusión y misterio,
como el hada risueña que mi mente pobló
de los dulces mirajes del país el ensueño
en mis años tranquilos que el dolor carcomió.

Sé el amor sublimado, la doncella exquisita.
la de suaves cabellos, la de dulce mirar,
¡Soy el príncipe triste que sin trono medita,
en la boda que nunca se llegó a realizar! 🐱



Horacio Salcedo

Nuevos brevicuentos

ROBERTO BAÑUELAS*

Y la luz no se hizo

Después de desayunarse con avena, una pera, café y pan con miel, salió en busca de un balastro que el electricista le había dicho que sin esa pieza era imposible activar los tubos de gas neón y seguiría hundido en las tinieblas o auxiliado por una linterna de pilas, un quinqué con petróleo o las flamas de las velas incrustadas en los huecos de un candelabro que no sabía dónde quedó o si lo había regalado a alguien que no pudo evitar cumplir otro año de contradicciones propias del ser humano que piensa más en las frustraciones que en las soluciones existenciales tratadas con el ácido del desamor. Prefirió subir a un taxi que viajar a cinco calles en un autobús de los que transportan o trasladan a los que buscan empleo y a los que huyen de poderlo conseguir que se consuelan, solos o en parejas, con la gratificante complicidad de incrementar la cantidad de billeteras que eran ajenas.

Llegó a la ferretería y compró el artefacto que necesitaba para que se hiciera la luz en su cuarto de trabajo de investigación y de inevitable plagio porque ni la humanidad ni el lenguaje ni la cultura –de la que tiene que hacer un resumen histórico-sociológico-comenzaron cuando él nació.

Los taxis habían desaparecido de la zona y decidió caminar con el balastro que le vendieron y le entregaron en una bolsa sin asas. Decidió acortar el camino por una callejuela donde, desde un zaguán, un perro de mejor raza que la de sus dueños, le ladró, amenazante, pero sin poder –para gloria personal de ese día– romper la cadena que lo contenía como guardián de aquel infierno donde la pareja de viejos lamentaba la suerte de haber traído al tercer mundo

a hijos tan ingratos y violentos, que se olvidaban con la misma facilidad del amor a sus padres y del temor a Dios y, abriéndose paso entre grupos de desempleados que hacían otro día de fiesta de las esperanzas rotas. Los autobuses urbanos, incansables y roncós, cumplían con su diaria aportación al ruido y a la contaminación ambiental

Cuando llegó a su apartamento, habló por teléfono al taller del electricista y le informaron que Abel había salido a otra reparación de mayor urgencia. Entre la amenaza del hambriento mastín y la irresponsabilidad del técnico, el día se nubló para que no faltasen la lluvia y el frío.

Jubilado

Con deterioro de salud y un futuro que se concentra en un presente pesimista a causa de su escasa jubilación, sale a caminar al parque arbolado que está a dos calles de su casa. Cuando se fatiga, busca una banca para sentarse a leer el periódico y enterarse de la estadística persistente de fracasos, robos y retrocesos. Contempla el movimiento sensual de las palomas que deambulan, impúdicas y arrulladoras, en busca de briznas que alimenten otro día de su existencia sin fecha. Del movimiento de las palomas, su mirada se posa en el otro: el que se produce en el suave caderamen de algunas jovencitas que por ahí pasan, y, con tristeza sincera, corrobora que son cada vez más frecuentes sus ataques de espontánea castidad.

Impotencia victoriosa

Se inscribió en un curso de castidad programada. Desde la primera sesión mostró, sin pretensiones de vanidad o de alardes narcisistas, cualidades indeseables para los erotómanos practicantes del acoso.

A la mitad del curso, sin necesidad de examen demostrativo, obtuvo el diploma de sobresaliente.

Inercia

Soñó que era dueño de un poderoso automóvil blindado para poder chocar contra vehículos viejos y nuevos: ambos, protagonistas de la fealdad y la insolencia, respectivamente.

Contra el ángel caído

Bajo distinto nombre, relacionado con el cosmos y con los seres vivos, especialmente los que se creían pensantes, invocaban el nombre del dios que debía ser su protector, pero que dejaba dominar y reinar a los hombres que eran protagonistas del poder, el odio, la destrucción, las tiranías, las guerras y la muerte. De todos los males, el hombre inocente que formaba parte de las multitudes famélicas culpaba, cándida y estúpidamente, al diablo, producto maligno e integrante de la creación de un dios odiosamente invisible y ajeno al dolor, la tristeza y la soledad de carnívoros con el hambre siempre atrasada.

Prisión condicionada

Por nerviosismo, por ser la primera vez o por falta de sesos y agallas, el asalto fue un humillante fracaso. Todos habían logrado abordar el auto en marcha, menos Tulio, que se dio a la fuga a lo largo de la calle, corriendo en sentido contrario al del río rugiente de autos sometidos al control de elegantes neuróticos.

Tuve la premonición de que el perseguido y su desesperación trataban de alcanzar el otro lado del quinescopio. En el momento en que Tulio sacaba un brazo fuera de la pantalla, activé un cambio rápido a otro canal que daba la noticia de un asalto real a un banco estatal.

Cuando quiero divertirme a ser cruel, regreso al canal donde el asaltante Tulio quedó atrapado y lo dejo avanzar unos milímetros, pero sin permitirle escapar completamente... ¿Qué haría yo con un gángster del tamaño de mi mano, viéndolo correr a todas horas por esta habitación del hotel en que seguiré hospedado una semana más?

Juicio precoz

La primera vez que llevaron al pequeño Estanislao al zoológico, el niño quedó tan maravillado como indignado por ver a tantos bellos animales cautivos en jaulas y, afuera de

ellas, a una multitud viandante que ocultaba su fealdad y desnudez bajo ropas estrafalarias.

Incongruencia fatal

El hombre, que dispone de profesionales para predicar el amor, es frecuentemente odiado por sus semejantes y por las especies que depreda, devora y digiere.

Ambivalencia negativa

La fama o el anonimato son igualmente temporales, y ya poco o nada significan ante la rápida degradación y posible extinción del planeta.

Las rutas de la ciudad

El taxi que abordaron aquellos dos hombres y una joven mujer, tuvo por destino un barrio alejado y oscuro donde agonizaba una pariente que no existía. Cuando el taxista fue asaltado, le indicaron por dónde podía regresar al centro de la ciudad a buscar más pasajeros.

* De su libro de próxima aparición *El ocaso de los quelonios*. 🐢



Margarita Cardeña

Itlachiayaque

ARES DEMERTZIS

(i)

Llorosas nubes oscuras envolvían la insignificante comunidad encajada precariamente sobre la cuesta de la montaña que llevaba como nombre “La Serena”. Vaporosos tejidos iridiscentes escalaban con cautela los escarpados acantilados desde un oculto y distante valle. Una bruma solitaria consumía en su abrazo húmedo la docena de humildes chozas burdamente construidas con gruesos tablones de madera; sus empapados techados de paja derramando estrechos riachuelos de agua. Dedos afilados de relámpagos arqueaban a través de un cielo opaco, y descargas de truenos perforaban el aire, su prolongado staccato rompiendo la tranquilidad bucólica de la aldea.

Esa mañana cada uno de sus habitantes despertó de un tranquilo sueño antes de que el primer gallo hubiera anunciado la llegada del amanecer, ocupándose en el enrollar de los petates tendidos sobre el piso duro de tierra que habían servido de lecho áspero durante la noche. Una ligera brisa acuosa esparció a través del aire fino, entre choza y choza, el fragante olor de madera ardiendo en los fuegos prendidos sobre la tierra en donde se calentaba agua gris en rudimentarios recipientes de barro ennegrecidos.

Después de alimentarse frugalmente con dos tortillas duras delgadamente untadas con frijol y un poco de café aguado vertido humeando en tazas de peltre, los ocupantes de cada casucha jalaron a un lado los costales de yute que funcionaban como puertas, emergiendo silenciosamente del único cuarto que la familia entera utilizaba como hogar.

Las mujeres descalzas engalanaban faldas largas de satén teñidas en brillantes colores primarios, y blusas detalladamente bordadas. Llevaban cestos recién tejidos a ma-

no, y hortalizas de sus jardines que ansiaban vender en el zócalo de Cuauhnahuac en este día de mercado. Los hombres se vestían de manta blanca, guaraches, y sombreros de paja que hacían alarde de una simple decoración colgante; llevaban sobre sus hombros instrumentos de cultivo que utilizarían en los campos de maíz hasta que la oscuridad de la noche obstruía su trabajo, obligando su regreso a casa.

Un trueno largo y trenódico los siguió mientras descendían enfilados a lo largo del estrecho y serpentino camino que subía desde el valle para finalmente encontrarse con su comunidad.

Solamente María Dolores permaneció en la aldea; una adolescente a quien le fue encargado el quehacer doméstico. A pesar del tiempo inclemente, aprovechó la desacostumbrada privacidad para bañarse, parada en una estrecha palangana de plástico, ovalada y de color rosado. Desde una jarra verde vertía agua fresca sobre su pelo oscuro, encantada con la dócil caricia del líquido filtrándose a través de su melena gruesa, escurriendo en una ligera cascada sobre sus hombros, fluyendo suavemente por sus pechos naciescentes, circundando infantas e hinchadas aréolas, para luego fluir sobre su abdomen hacia la floración casi imperceptible de vello fino que por fin había hecho su anticipada manifestación entre sus piernas.

Precipitadamente la estremeció el descubrir que alguien observaba su cuerpo desnudo.

Al principio pensó que era su travieso hermano menor, agachado y mirándola por las ranuras entre los tablones de madera. Escudriñó la imagen tenue discretamente, para estar segura; era una sombra apenas perceptible en el reflejo nublado del espejo pequeño y agrietado que estaba clavado a la pared, en la cual ella había estado admirando la transformación de su cuerpo. El fragmento astillado semejaba a la obsidiana negra y pulida que sus antepasados llamaban el espejo ahumado de su dios Tezcatlipoca, en su manifestación como Itlachiayaque, “el lugar del cual él mira”; el poder que atestigüa todo, que refleja la translúcida adivinación del futuro. Ella finalmente determinó que no era su hermano menor, si no su hermano mayor, el hermano preferido, el Pecado; el que le regalaba flores silvestres cortadas del campo y de vez en cuando hasta dulces com-

prados en la ciudad en donde trabajaba y a donde ella tenía prohibido ir sola. Logró oír la respiración agitada de Pecado, ese familiar sonido ronco de un depredador nocturno, el hueco jadeo del jaguar que conoció por primera vez cuando tenía apenas once años y trabajaba como sirvienta para el ingeniero; él insistía que lo mirara masturbarse. Nunca mencionó esto a nadie; después de todo, la habían criado para jamás cuestionar los motivos y las acciones de los que eran considerados sus superiores.

Enterada de la insospechada pasión de su hermano, experimentó un repentino obstáculo en la respiración; sintió un descomunal regocijo de aterrorizante efusión, seguido por un sutil y delicado ardor que atravesaba su vientre. Temblando con aprensión, aparentó no verlo y se permitió dar una vuelta lenta a su cuerpo para revelarse a él totalmente. Excitada por la emoción, su corazón palpitaba acelerado, ensordeciendo sus oídos; su respiración se volvió laboriosa, transformada en fugaces gemidos de miedo por el temor de que su madre podría llegar en cualquier momento y descubrirlos.

Después de esa primera vez, bañarse se volvió un ritual; un pequeño secreto encantador entre ellos. Él subía por el estrecho sendero ondulado desde la ciudad hasta llegar a la choza, en donde la miraba desnudarse con sosegada deliberación; colgando su ropa pieza por pieza sobre el respaldo perpendicular de una silla de madera cruda. Al introducirse parada en la estrecha palangana ovalada, María Dolores se detenía, exhibiéndose allí; su piel oscura de color canela brillando de sudor. Después, daba sensuales vueltas y vueltas a su cuerpo mientras el agua la salpicaba en espesas cataratas transparentes. Siempre esperaba hasta que él acabara antes de salir de la palangana, secar su cuerpo y vestirse, excepto en esas raras ocasiones cuando estaba enojada con él; cuando por una, ahora ya olvidada, razón ambos hacían cosas para lastimarse mutuamente. En estos momentos, para castigarlo, ella se desnudaba lentamente como siempre para después bañarse con exagerada rapidez y así negarle su clima.

(ii)

Aquel ocaso, en la congestionada central de autobuses del Casino de la Selva, la cual ocupaba un espacio destechado

y espacioso en la ciudad, Pecado subía al camión que lo separaría de ella; iba rumbo al norte, para cruzar de manera clandestina el río.

Impetuosamente, la besó de lleno en los labios. Ella lo miró con ojos de color escarlata, hinchados por el esfuerzo de contener lágrimas silenciosas que ahora desbordaban sus pestañas. Una humedad salada fluyó por su cara lavando la boca que él había besado, un sabor amargo picaba su lengua.

Colocando en la mano de María Dolores una pequeña y arrugada bolsa de papel, como obsequio de despedida, Pecado subió al autobús y las puertas se cerraron. El camión retrocedió de la plataforma desde su andén asignado con un atronador rugido, esfumándose dentro del humo negro brotando del escape, lo cual borraba su contorno lentamente. Ella gritó a la negrura, indiferente a las miradas curiosas de la multitud que la rodeaba: “¡Me hiciste mujer! ¡Me hiciste mujer!”



Damián Andrade

Abriendo la bolsa, retiró de su interior el contenido: un cempasúchil marchito. Se dejó deslizar fracasada sobre el piso de cemento, directamente enfrente del andén vacío en donde el camión estaba parado justo unos momentos antes. Acomodando la falda larga hasta cubrir los tobillos, dobló sus piernas descalzas debajo de su cuerpo.

Siempre se sentía cómoda sentada en la tierra.

Repentinamente, María Dolores se halló corriendo detrás del camión, esperando alcanzarlo en el santuario de la Virgen de Guadalupe que se encontraba en las afueras de la ciudad. El conductor siempre hacía una parada obligatoria allí para que los pasajeros dejaran sus ofrendas y rezaran, suplicando la salvaguardia de la Virgen para su viaje.

Al principio saltando torpemente hacia adelante, ella después se forzó a correr más velozmente. Más rápido, más rápido. Corrió con piernas livianas atrás del camión, la tela de satén brillante de su falda larga, y las pesadas enaguas que arremolinaban alrededor de sus piernas, procuraban impedir su avance. Más aprisa. Más aprisa. Su sien pulsaba. Más rápido. Más rápido aún. Sin aliento. Su pecho se alzaba con frenesí. Dolor agudo. Jadeando. La cinta roja enredada en su trenza se resbaló, la cabellera extravagante, ahora libre, saltaba desenvuelta alrededor de su cuerpo húmedo con sudor; desde su cabeza hasta sus rodillas. Ella se impulsó hacia arriba y hacia abajo violentamente. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Girando. Más aprisa. Más aprisa. Más rápido. Más rápido. Volando. Dolor palpitante.

Precipitadamente el cielo carmesí del atardecer se tornó en un vacío negro desconocido. Ella siguió corriendo después del anochecer. Adentrándose profundamente en la penumbra insondable.

Dolor ardiente.

Jadeando ásperamente.

Sin aliento. Más hondo. Todavía adentrándose más profundamente en la negrura.

Pero el camión siempre la eludía. Más hondo. Más rápido. Más aprisa. Corre más rápido. Más rápido aún. Su boca salivando se abrió de par en par, aspirando un aire delgado que estallaba en sus pulmones. Más rápido. Más rápido aún. Más hondo. Más hondo. Corre más. Corre más. Más aprisa.

Corrió toda la noche; hasta alcanzar un amanecer gris.

Las ampollas de sus pies descalzos se abrieron, brotando un oscuro carmesí. Cuando la ambulancia llegó a la central de autobuses, los paramédicos la encontraron descartada inconsciente sobre la plataforma, sus pies hinchados y sangrando; su ropa empapada de sudor estaba adherida a un cuerpo quemándose con calentura. El brillo de una luz fuerte penetró sus ojos abiertos; el paramédico examinaba las pupilas dilatadas con su linterna.

El sol amaneciendo la confundió. Colores destellaban. Cegándola. Colores. Colores.

“¡AaaaaaaaaaaaaayDIOS!” gritó la boca de María Dolores.

Un grito milenario. Una lamentación apasionada. Se acabó. Finalmente. Un clímax delirante.

“¡Pecado! ¡Te adoro!” ella aulló sin un ápice de vergüenza.

Los paramédicos alzaron la cinta roja empapada con sudor y la bolsa de papel con el cempasúchil de la plataforma y las colocaron sobre su cuerpo, la levantaron sobre una camilla, subiéndola así en la ambulancia. Emergieron de la central apresurados, con el chillido lamentoso de la sirena. En la pared exterior seguían prominentemente manifiestas las dos palabras que ella había garrapateado anteriormente en aerosol con una mano incierta: ADIÓS PECADO.

El vendedor de la tienda en donde compró la pintura había escrito cuidadosamente en una pequeña hoja de papel cada uno de los símbolos que ella tenía que reproducir; las letras que María Dolores luego copió con precisión deliberada en la pared de la terminal, de un metro cada una, para divulgar su mensaje afligido.

El camión abandonó la capilla de la Virgen de Guadalupe justo unos segundos antes de que ella llegara, agotada. Observando la nube negra del escape disolviéndose al darse la vuelta, María Dolores entendió que había perdido su Pecado para siempre.

Sintió su espíritu abandonar su cuerpo. Asombrada por su etérea fragilidad, lo protegió cuidadosamente entre sus pequeñas manos, y lo colocó como una ofrenda más, la única cosa de valor que ella poseía, sobre el altar de la Virgen. Implorando perdón. 🙏